

## Estudios

Antonio Delhumeau

### 1. Quejas y fórmulas del hombre asfáltico

#### I. *Las quejas del hombre urbano*

Los hombres y las mujeres urbanos se preguntan si todavía pueden adaptarse con éxito a una sociedad que se les aparece compleja e inestable, en permanente y vertiginosa reconsideración. Y es que se trata de una sociedad donde la definición misma del "éxito" y la orientación básica de la "adaptación" no dan la impresión de escapar de los cambios e incluso de las crisis.

La incomunicación, el hacinamiento, la violencia irruptiva y la tensión cotidiana, el tráfico excesivo, el *smog* visible y la contaminación general, la sobre-estimulación de personas, la saturación de ruidos, colores y olores, la falta de privacidad, la despersonalización, el deterioro cualitativo de los niveles de vida, las dificultades de participar con sentido en la vida pública y las luchas cotidianas (de generaciones, de sexos, de clases), son algunos de "los síntomas" en los cuales los hombres y mujeres urbanos contemplan y señalan su propia crisis. Esta convicción de que se vive en una época de transformación decisiva de estructuras, orientaciones y estilos de vida, suele ir acompañada de una *inquietud* que, cuando no se liga con cambios básicos en la persona, se traduce en zozobra temerosa o anhelante del futuro, por los cambios catastróficos o fascinantes que "éste pueda traer consigo", de manera mágica y externa, por sí misma.

La crisis más aceptada socialmente es la que se refiere a "los valores". El hombre urbano intuye que no cree ya en las normas previas y que todavía no ha logrado articular las nuevas pautas y creencias de la época presente y por venir. Así formula en términos morales su propia y huidiza sensación de desamparo frente a un cambio que se le aparece en la vida diaria complejo y confuso y en los virajes bruscos —políticos, económicos o culturales— como un vértigo desordenado e inmanejable.

extrapolación formal y racionalista respecto a un futuro planificado, expropiado desde el presente y que los "tecnócratas" consideran como un mundo en rigor feliz y confiable, mientras que los "humanistas" lo enjuician como una irreparable despersonalización del hombre urbano en "la sociedad industrial —burocrática— de consumo".

La muy importante cuestión a dirimir por los hombres y las mujeres urbanos es que existe un vínculo profundo entre aquella primaria e inmediata sensación, de la que hablábamos antes, de inquietud, zozobra, crisis e inestabilidad, y el proceso creciente y mundial de transición de la llamada "vida comunitaria" a la vida urbana, a la denominada "sociedad de masas". Si tenemos en cuenta las quejas principales y manifiestas que se formulan desde la ciudad y en contra de "la ciudad", nos encontramos con que enfatizan aquellos aspectos a partir de los cuales pueden *contaminarse* los individuos por la multiplicidad de relaciones heterogéneas y "desordenadas" (de acuerdo con los propios marcos de referencia, de origen). La tensión o *stress* cotidiano es atribuido precisamente a la sobreestimulación de sonidos, colores, olores y todo tipo de lenguajes que revelan y expresan la presencia de *los otros*. Sus sonidos aparecen desarticulados, como ruido; su espacio y su movimiento son vistos como intrusión inaceptable, empobrecedora, como "hacinamiento", tráfico excesivo o falta de privacidad. Sus maneras diferenciadas y estereotipadas de pensar y de sentir aparecen como un caos que es denunciado a título de incomunicación, de angustia existencial, de soledad en medio de la masa.

Es así que, vistas en conjunto, las quejas más frecuentes del hombre urbano acerca de la triste calidad de su vida derivan de la cantidad y la heterogeneidad de individuos que integran su sociedad, que irrumpen en todo momento en sus agrupaciones, poniendo en peligro su inestable y nostálgico carácter "comunitario".

El hecho de que cada individuo comparta y represente en sí mismo esa complejidad y esa tendencia a interactuar como un intruso dentro de los diversos ensayos de "comunidades" urbanas, es algo que se mantiene latente o inconsciente, para evitar un aislamiento paralizante. Pero el que esta negación se realiza a través de fórmulas defensivas cada vez más ineficientes en su original función protectora, se muestra en la creciente soledad y el ostracismo reales de los individuos en las grandes ciudades. Por mera vía de ejemplo, existe un número creciente de individuos que viven solos en las grandes ciudades (más bien ciudades grandes) de los países capitalistas.

Este aislamiento y la dispersión "contaminada" en la sociedad-masa, de individuos-masa, son fenómenos "opuestos" que se retroalimentan de hecho en todo momento y que, en conjunto, son enfrentados por esfuerzos permanentes de re-constitución de una "comunidad perdida" o de creación de una nueva comunidad urbana que permita desarrollar una individuación —en comunicación. Este anhelo aparece vinculado, en su formulación nostálgica, regresiva, a la necesidad de adquirir una identidad o una personalidad básica, un estereotipado ser idéntico a sí mismo que atraviese por fases idénticas y

de "identidad", a través de técnicas de manipulación del pensamiento y el lenguaje "exclusivas", excluyentes de "los otros" e inclusivas de "nosotros". Técnicas que son esotéricas, enrarecidas a propósito, es decir, con un fin de integración comunitaria y reservadas a los iniciados, lo cual genera y mantiene toda suerte de ritos y mitos, de "pruebas" de iniciación, aceptación, reconocimiento y promoción jerárquica.

Y es por esta irrenunciable —por ahora— necesidad comunitaria que los enfoques científicos y las técnicas de acción profesional o experta, derivadas de ellos, no son fáciles de interconectar o de relacionar entre sí a través de una búsqueda amplia y compartida de efectivos planteamientos y soluciones unitarios o, al menos, interdisciplinarios. Y conforme se avanza en la valiosa integración interdisciplinaria, de inmediato se definen y precisan nuevos campos de especialización, así sea el de los problemas del hacinamiento o los de la infancia, la cuestión del consumismo o de la contaminación. Esta parcelación —más reciente y evolucionaria que la anterior— tiene, sin embargo, la ventaja de que parte de problemas prácticos y concretos a "resolver" o a plantear y que desarticula de manera paulatina y progresiva los ritos y los mitos de los enfoques científicos y técnicos particulares exclusivos, los cotos reservados de caza de los brahmanes, brujos y sumos sacerdotes modernos, es decir, los especialistas o expertos.

Lo más frecuente, por ahora, más que un esfuerzo interdisciplinario entre iguales o diferentes por *individuación* y no por condición gremial, es la "multidisciplinaria", el pluralismo, la convivencia apenas tolerada, entre quienes se consideran distintos e irreductibles entre sí, en tanto que su calidad de economistas, demógrafos, etnólogos, psicólogos, sociólogos, historiadores, "filósofos" (lógicos), psicoanalistas, antropólogos, urbanistas, ecólogos, juristas, administradores, politólogos, pedagogos, comunicólogos o lingüistas, etcétera (sólo pensando ahora en "las ciencias sociales"), los coloca del lado de credos y rituales divergentes.

Y por esta razón también es que "los científicos" y "los técnicos", que se encuentran sin duda entre los hombres más importantes y prototípicos de nuestro tiempo (y nuestro espacio urbano), contemplan con el mayor disgusto, rechazo y "desdén-interesado", los intentos —todavía marginales— por reunificar los campos de la actividad humana —e incluso de la naturaleza en general—, como son los de cierta filosofía, cierta literatura, cierta ciencia social o antropología. Y por esa búsqueda ansiosa de una "identidad comunitaria" es que la unidad real y práctica del hombre la dejan, como veremos, para el cine visto en vivo o en la televisión, o en su versión fragmentaria, pre-cinematográfica, para el teatro o ciertos programas de televisión que, a manera de transición, configuran un teatro que se deja ver como cine. Lo importante y significativo es que a través del medio que sea relegan esta integridad de la persona (como individuo social) al nivel de lo que estos hombres serios y solemnes, científicos, técnicos, profesionalizados, consideran —evalúativamente— como "mera fantasía".

lo político, etcétera. Pareciera entonces que deriva su capacidad de adaptación de la posesión de algunos de estos instrumentos parciales y fragmentados entre sí, mientras que el desafío cotidiano de su existencia social le plantea una participación global, unitaria, en todos los órdenes y casi al mismo tiempo. No es de extrañar entonces que, conforme crece su inseguridad, los representantes de cada gremio magnifiquen la importancia de su enfoque y de su técnica, hasta el punto de que un "ismo" surge de este fragmento de realidad parcelado. "Ismos" que parecen incluso querer rivalizar entre sí por ocupar el lugar de aquella vieja antes privilegiada y hoy desconocida por todos los hombres serios, solemnes y formalizados: la filosofía, sobre todo la filosofía social o antropológica. Sin embargo da la impresión, al observar los esfuerzos de reducción de la realidad humana (y de consecuente auto-idealización) del economicismo, del psicologismo, del sociologismo, del historicismo, del demografismo, etcétera, de que aquella necesidad filosófica de dotar de unidad y de sentido a la existencia es irrenunciable y que subyace a los esfuerzos cotidianos de todo individuo, incluso de los más profesionalizados y fragmentarios hombres y mujeres urbanos.

Las actitudes defensivas que hacen al hombre urbano parcelar la realidad social y fragmentarse a sí mismo son comprensibles si se considera la dinámica por la cual una realidad industrial y urbana cada vez más sofisticada, diferenciada y compleja, condujo a enfoques teóricos, como el marxismo y el psicoanálisis, muy demandantes a su vez de cambios e interacciones sofisticados y complejos dentro de la diferenciación íntima y estructural de la vida urbana. La relación de cada quien consigo mismo, con sus próximos (o próximos) y con las estructuras e instituciones sociales, quedó revolucionada por esos grandes horizontes de reflexión y de acción sobre la realidad social. La crisis de la conciencia por su propia y abrumadora complejidad ha tenido entonces que dirimir, incorporar, neutralizar e impugnar —todo al mismo tiempo— a aquellas revoluciones teóricas y prácticas que redefinieron a la naturaleza humana, las más significativas quizá las del marxismo y el psicoanálisis (pero también la repercusión relativizadora de lo humano de Darwin primero y de Einstein después).

La primera separación que tiende un velo, supuestamente protector, frente a los imperativos urbanos (propios e internos de los hombres y mujeres de la ciudad), mantiene desvinculados en la teoría (marxismo y psicoanálisis) y en la práctica (a través de la diversidad irreductible de papeles sociales), a la vida de trabajo y la vida familiar. El punto de partida de Marx fue la enajenación y la división del trabajo, los modos de producir y de reproducir la existencia de cada clase social. La piedra angular para Freud fue la familia y su permanencia a través del inconsciente individual. Y así como en la teoría se mantiene la separación artificial entre individuo y sociedad, en el quehacer cotidiano se mantiene una desvinculación práctica entre las estructuras e instituciones de la producción social, del trabajo y los papeles institucionales que cada quien juega en la familia, desde la familia, frente a la familia. Y esta

gremial. Y estas mismas fórmulas defensivas aparecerán en el proceso de socialización familiar, como vínculos o normas que habrán de atar y de aislar a la vez a los personajes familiares “internos” y “externos” con los personajes del trabajo y del quehacer global en la vida cotidiana. Lo significativo de estas fórmulas es que en sí mismas constituyen una permanente síntesis de los “mecanismos” de la negación-represión-racionalización-condensación-desplazamiento-figuración-formación reactiva-intelectualización-proyección-sublimación, etcétera, en su especificidad de defensa frente a lo urbano. Su virtual importancia reside en que *no* se trata de meros “mecanismos de defensa intrapsíquicos”, sino de fórmulas defensivas vinculares (subjetivas, intersubjetivas y objetivas a la vez); es decir, de exteriorizaciones que recrean e incorporan a la letra las internalizaciones, de tal manera que la exterioridad *es* una internalización y la interioridad *es* una externalización. En otras palabras, se trata de fórmulas defensivas que —a diferencia de los mecanismos de defensa intrapsíquicos y de las defensas y controles económicos y políticos, sociales— son individuales y sociales a la vez, en tanto que pueden ser contempladas como propias de un individuo socializado o de una sociedad de individuos, como *vínculo* que une e integra y que separa y aísla *al mismo tiempo*. Quizá conforme los expongamos y detallemos podremos explicarnos mejor. Por el momento lo que es necesario aventurar —a riesgo de extraviarnos o de encontrarnos con un nuevo sentido después, en la aventura— es que en la medida en que las fórmulas defensivas frente a la dispersión urbana, a través de la familia laboral y del quehacer familiar, nos conducen a la percepción de una ideología o filosofía práctica inconsciente de los hombres urbanos, resultan un ejemplo excelente (un rasgo privilegiado o ejemplar) de cómo lo psíquico *es* en sí mismo sociológico y lo social *es* psicológico, en tanto que todo en el individuo es social y todo en la sociedad es inherente a individuos.

La diversidad de ambientes, personalidades y preferencias o valores, es enfrentada con frecuencia por los hombres y mujeres urbanos a través de un *relativismo*, en el fondo, escéptico. Se trata de una fórmula defensiva frente a un compromiso que obliga a optar entre alternativas amplias y complejas. Desde esta perspectiva ecléctica (de anti-conflicto) se le concede igual jerarquía a los puntos de vista diversos e incluso irreductibles. No es necesario tener una visión congruente del mundo interno y en torno, sino que basta con formular una opinión convincente sobre cada hecho aislado, apropiado según alguno de los estilos de pensamiento en boga y de acuerdo con las características de cada auditorio. Esta fórmula defensiva supone e implica el establecimiento de vínculos flexibles e inestables con los otros, ya que toma a las personas y a las cosas “como vienen”, tratando de no encajonarlos en apartados pre-establecidos. A través de la aplicación —inconsciente y exteriorizada, reconocible— de esta fórmula defensiva que relativiza los afectos y las ideas, la complejidad social urbana aparece de tal manera inagotable e inaccesible en sus articulaciones que lo único por hacer —para un “hombre cuerdo”— es adaptarse a/y comprender sus circunstancias inmediatas, “antes

ciente con otros dentro del cambio urbano, propia del relativismo, desde la fórmula absolutista todo en la historia es una estructura, más o menos inamovible, que sólo transforma sus apariencias, su piel fenoménica, sus formas visibles. En el ejercicio de la fórmula absolutista —a diferencia de los vínculos heterogéneos, flexibles e inestables propios de la fórmula relativista— tienden a configurarse sectas, con ritos y mitos rígidos y estables (y no *ad-hoc* al momento o a la coyuntura), con sus profetas, sus enviados por ellos o sumos sacerdotes, sus rituales de iniciación y excomunión, sus normas de promoción y de sanción por el único pecado que es siempre el de abjuración de la verdad y de quienes la encarnan. La temible complejidad del cambio urbano y de las interrelaciones múltiples con el monstruo de las mil cabezas representado por la heterogeneidad irreductible de los otros ha quedado pues exorcizado, lo que es más, nunca ha existido. Ésta es la paz “incommovible” que reina cuando se ha colocado la cabeza en el hueco arenoso de una verdad absoluta.

Existe una fórmula defensiva de lo más socorrida, que es de alguna manera una síntesis de las dos anteriores, en tanto que postula como un absoluto el propio punto de vista y relativiza todos los demás. Y es que el solipsismo (o “sólo-yo-mismo”, como sugiere Henrique González Casanova) es la tendencia a resolver cualquier problema social urbano, por complejo que “parezca”, de acuerdo, nada menos, que con “mi propia” y personal manera de pensar.

Frente a la inseguridad y a la inestabilidad promovidas por las flexibilidades relativistas y las rigideces absolutistas (de absolutismos contradictorios e irreductibles entre sí, pasto fértil para los eclécticos y escépticos hombres relativos), las filosofías de Descartes y de Kant se mantienen vivas (a pesar de Sartre), a través de la afirmación “yo pienso que... luego tú y los demás existen de esa manera”. Este método reductivo de la compleja experiencia cotidiana en la ciudad tiende a contrarrestar la angustia con base en simplificar la heterogeneidad de los otros hasta el punto en que sólo responda a una supuesta homogeneidad y congruencia de “uno consigo mismo”. El “sólo-yo-mismo” (solipsista) es una fórmula autoritaria o autocrática en su expresión activa y autista o solitaria en su manifestación pasiva. Sin embargo en ambos casos se trata de un vínculo consigo mismo y con los demás, en tanto que se trata de una soledad frente a otros, que es un silencio pleno de significado, de desdén, de rencor y sobre todo de un temor insuperable frente a los deseos abrumadores de los otros y los deseos anonadantes e inmanejables de un “sí mismo” incomprensible, insondable, “tan complejo” como la realidad urbana, interna, en torno.

A través del ejercicio de la fórmula solipsista se identifica con salud mental y social el no involucrarse (*don't get involved*) o no contaminarse con otros, con problemas “ajenos”, asumiendo como tales cualquier asunto que no “me” afecte en lo personal y en este momento. Al atenerse el individuo —con su fórmula defensiva del “sólo-yo-mismo”— a sus propios recursos afectivos, de comprensión, de reflexión y de actuación sobre la realidad se sobre-simplifica artificialmente la trama de la vida en la ciudad, en tanto que se la reduce a

espacio, un quehacer y qué ser, siempre cambiantes y en permanente autoafirmación y rectificación a la vez de sus tendencias básicas. Resultan pues condiciones temibles para los hombres y mujeres urbanos, en tanto que se les *aparecen* en permanente cambio o con una identidad sustancial en el trasfondo dado, que no se atreven a enfrentar la dialéctica de sus propias *constantes en permanente revolución*, su *mismidad-mutante*. Y es por ello que casi cualquier renovación sustantiva y casi cualquier actividad o necesidad sustanciales que reaparecen son impugnadas a título de aventurerismo, de reaccionarismo o de simulación, que no han definido con precisión y orden (con eficiencia organizada, con responsabilidad científica o técnica) sus objetivos y métodos operacionales. El problema es que los formuladores de las formas técnicas nunca se ponen de acuerdo entre sí, ya no se diga entre los programadores formalistas de la economía, de la enseñanza, de la administración, de la población, de la conducta, de la política, del "desarrollo", etcétera, sino entre un solo grupo de programadores y formalizadores especializados, por pequeño y "formal" que éste sea.

Y es que el cambio urbano y la complejidad soterrada de las tendencias que le subyacen, que le son inherentes y lo definen, son enfrentados activamente (paciente y desesperadamente) por las inagotables variantes de una formalización (unívoca o unidimensional) que se alza una y otra vez en nombre de la identidad ( $A$  es  $A$  y no puede ser no  $A$ ) cada vez que se le aparece el fantasma del cambio y su trasfondo real. Esta lucha formalizadora (a través del absolutismo, el relativismo y el solipsismo reglamentados y reguladores) se endereza siempre en contra de la diferenciación, denunciada como desarticulación y descontrol. Tan es así que incluso Henri Lefebvre ha propuesto el "diferencialismo" a título de manifiesto combativo y militante.

A través del ejercicio práctico y teórico de esta fórmula, el desorden es considerado como el anti-valor central, dado que no ha sido posible reproducir y asumir el orden y las articulaciones reales y complejas de una dialéctica urbana ignorada cotidianamente por tanta y tan acusiosa formalidad.

Es conveniente resaltar que no se ha estado hablando de "tipos" de personas, de variedades específicas de hombres y mujeres urbanos. Las fórmulas defensivas que vinculan al hombre urbano consigo mismo, con sus semejantes (en sentido comunitario estricto) y con las más amplias instituciones y estructuras sociales, suelen aplicarse de manera aislada o interrelacionadas entre sí. Y aun cuando podemos distinguir ciertos prototipos que enfatizan y reiteran el ejercicio de una fórmula defensiva determinada en su vínculo con la realidad en torno e interna, lo más frecuente es la aplicación selectiva de las diversas fórmulas para circunstancias y escenarios distintos. Por ejemplo, un individuo puede tratar de explicar teórica e intelectualmente las más diversas realidades íntimas y colectivas a través de fórmulas absolutistas y formalizadas, mientras que en sus conversaciones y vínculos afectivos interpersonales puede tender al relativismo y al solipsismo. Y esta última esfera (que él califica de subjetiva) puede ser tanto más relativizada y autodeterminada desde la base del "sólo-yo-mismo", en tanto que precisamente es una

que formalizaban y escindían ciertos rasgos o "caracteres", que absolutizaban, —en lo solemne, lo heroico, lo trágico, lo cómico, lo épico— ciertos géneros que trataban de establecer sus reglas diferenciales y distintivas. A través de ese ir y venir entre la realidad imaginaria y dramatizada en el teatro y la vida paulatinamente diferenciada (y *acomplejada*) de las comunidades citadinas en expansión, es que se fueron definiendo los papeles intercambiables y consistentes en sí mismos (congruentes en el "interior" de cada personaje-en-situación concreta), es decir, los papeles relativizados e incluso solipsistas (en los que preponderaba el monólogo sobre el diálogo efectivo). Y esas fantasías colectivas, compartidas por los hombres comunitarios en su proceso de devenir hombres urbanos, fue una importante lanzadera para tejer la urdimbre de los papeles diferenciados y escindidos en los que los actores sociales pudieron disfrazar su condición unitaria subyacente, de tal manera de ensayar —con mayor libertad— en cada papel, aislado de los otros, nuevas formas de relación, de sufrimiento y de goce, de sensitiva dramatización práctica de fantasías largamente ensoñadas, adormecidas.

El hombre urbano recreó en sus condiciones cotidianas de vida los escenarios, los argumentos, los personajes y los papeles que había dramatizado en la escena imaginaria de los foros teatrales. Y es que este individuo que juega papeles, es el resultado en proceso de una creciente división del trabajo físico e intelectual, de una educación cada vez más especializada y escindida y de unas ciencias "del hombre" que no han cesado de diferenciarse y deslindarse de tanto formalizarse, absolutizarse y relativizarse, ensimismadas, en busca de la anhelada recuperación de un tipo de comunidad que, históricamente, han perdido para siempre los hombres y las mujeres urbanos. Ciencias y técnicas humanas que han hecho a los hombres llegar a creerse, a través del funcionalismo, un conjunto disperso de papeles, posiciones y funciones y, por medio del conductismo, haces desarticulados de estímulos y respuestas. Se trata sin duda de ciencias teatralizadas que proponen y refuerzan todas las técnicas defensivas frente a la irrevocable complejidad y el cambio de la integridad y la mismidad de cada hombre urbano.

Y es que cuando alguien entra, por ejemplo, en un escenario familiar "en el papel de doctor" no es recuperado como un padre y esposo tierno o inafectivo, como un amigo flexible y tolerante o rígido y distante, etcétera, sino como un técnico curandero. Y cuando ese doctor llega a su propia casa, ha dejado en el consultorio sus hábitos profesionales y de amigo y de amante y de jefe y subordinado, para asumir el papel de esposo y el papel de padre, también diferenciados y escindidos entre sí, esta vez por medio de los parlamentos y del carácter puestos en juego desde cada "personaje" y en el escenario reservado dentro de la misma casa para cada *tipo* de situación y de vinculación.

Lo curioso es que cuando observamos de cerca (aunque sin perder la distancia que garantiza la objetividad) la compleja teatralización de los hombres urbanos y de las fórmulas defensivas con los cuales se imposta y escenifica, nos encontramos con un alto grado de sofisticación afectiva e intelectual,

Este panorama social es presentado por los propios hombres y mujeres urbanos como un cuadro clínico, casi "patológico", por la dificultad de precisar y manejar la lógica interna de la compleja situación urbana. Y esta insistencia en las quejas sobre "la ciudad" exige un vistazo, así sea a ojo de pájaro, a la historia clínica de ese síndrome de complejidad y de cambio, que se ofrece, paradójicamente, compulsivo y desorganizado a la vez.

En un primer trasfondo de la biografía del hombre de la calle, aparece el hecho histórico concreto por el cual los seres humanos han dejado cada vez más de pertenecer a comunidades pequeñas y se han integrado —con la misma rapidez— a ciudades medianas y grandes, creando incluso megalópolis exorbitantes. ¿Pero qué es lo que los hombres y mujeres urbanos sienten que les ha acontecido en este proceso? Si recordamos las principales diferencias entre el mundo comunitario de origen y el mundo urbano actual, tal y como ha sido descrito —y sentido— por una fuerte tradición sociológica que parte de Ferdinand Toennies, estaremos en posición de analizar la novela o la película —el mito colectivo—, así sea en blanco y negro, de lo que el hombre urbano siente "haber perdido":

a) En las comunidades los individuos se conocen unos a otros como formando parte de un universo coherente; la información sobre cada persona es global, por lo que se le juzga de manera unitaria, aun si sólo se entra en contacto con ella por un tipo de razones (ya sea de trabajo, de familia, etcétera). La comunicación fluye, pues, en la vida cotidiana a través del rumor y de la observación directa. Los vínculos tienden a ser afectivos y cuenta mucho en ellos el compromiso personal, es decir, la historia expresa e implícita de cada relación. Prevalece, en consecuencia, la emotividad y la lealtad del parentesco real o asumido (el padrinzago) y de la amistad sobre el interés en la utilidad funcional y la eficacia técnica. En este reducido contexto comunitario tiende con tal fuerza y firmeza a reproducirse el patrón de conducta y valorativo de los padres en los hijos y existe tal propensión a mantener ciertas expectativas estables desde la infancia hasta la vejez, que pareciera que no procede el cambio social.

b) En las sociedades plenamente urbanizadas, la tradición naturalista (rousseauiana) supone que la mayor parte de las relaciones tienden a ser impersonales, anónimas, funcionales, fragmentarias, racionalistas, inafectivas y utilitarias. Suele imperar el interés personal sobre la lealtad emocional, y la historia de las relaciones interpersonales se diluye a través de contactos esporádicos, casi siempre por razones especiales (especializadas en un papel o una función de cada individuo). Las relaciones informales y emotivas, directas y globales, pasan a un segundo plano, si no es que se esfuman bajo el peso de los intereses privados —económicos— o de la voluntad de poder. La sociedad urbana aparece como el escenario artificioso donde se desempeñan papeles y funciones valorados y jerarquizados (recompensados con el poder y reforzados con el éxito), de acuerdo con su utilidad adaptativa y técnica; es decir, con su eficacia para el control social. De aquí se deriva la

pre-fijadas, y a la posibilidad consecuente de recuperar la certeza dogmática de un destino previsto desde la infancia. Y lo muy importante es que cualquier ensayo de nuevas formas de integración comunitaria urbana integra en sí mismo estos componentes regresivos que dificultan y enajenan el proyecto de renovación y de cambio.

Las principales fuentes y medios de búsqueda de esa identidad comunitaria, evolucionaria y regresiva a la vez, se vinculan con el ámbito más inmediato y permanente de acción y de participación, con el quehacer de producción y de reproducción de la existencia social por medio del trabajo y de la familia; es decir, desde la situación de clase y la condición familiar como niño, como adulto o en la dolorosa transición adolescente. Y es que desde esos ámbitos, de trabajo y familiar, es que el individuo urbano se vincula con su clase social, con el Estado, con la cultura de masas y con las diversas entidades sociales, instituciones, estructuras o sistemas que, en conjunto, tratan de ligarlo "directamente" como individuo con "su sociedad". Por razones que es necesario esclarecer en tanto que afectan y escinden la integridad y mismidad del hombre en la ciudad, la esfera "económica" productiva y la erótica, "psicológica" y familiar, han sido fracturadas una de la otra, al mismo tiempo que se las contempla como modalidades sobresalientes de la participación social.

La clave quizá de esta unidad escindida se encuentra en el hecho de que al mismo tiempo que la vida de trabajo y la vida familiar del hombre urbano lo vinculan con la estructura social, esa relación incluye el deseo y el esfuerzo por recrear aquella añorada condición comunitaria que puebla y da contenido a sus fantasías sobre el pasado y sobre el futuro, a sus activos y vigorosos anhelos y a las quejas nostálgicas y desamparadas que le impiden realizarlos.

## II. *Las fórmulas defensivas del hombre asfáltico*

Frente a la rápida disolución de la comunidad de personas reconocibles (en los pueblos se saludan entre sí casi todos los que se cruzan en un mismo camino, por eso los rencores y conflictos son tan claros, directos y masivos), los hombres y las mujeres urbanos tratan de recrear ciertas comunidades de profesionales y de trabajadores especializados o calificados, que puedan reconocerse o saludarse entre sí como formando parte de una misma "comunidad". Entrecomillamos el término porque si bien se trata de gremios que reúnen, organizan y *solidifican* (como toda identidad) a practicantes de ritos semejantes, a convencidos de ideas, cultos y mitos parecidos (emparentados entre sí), se trata, como veremos, de comunidades artificiales, o más bien de un esfuerzo artificioso, transicional y paralizante por recrear la comunidad en la vida urbana. No obstante esto, los gremios de técnicos y de trabajadores profesionalizados desempeñan hoy en las sociedades urbanas una importante función de reconocimiento mutuo e identificación, de adquisición

Hemos afirmado que esta recreación de la comunidad es paralizante, en tanto que se realiza a costa de la fragmentación artificial del ser humano en partes o compartimientos estancos que se mantienen fijos y aislados bajo la mirada analítica; enfoques que se manejan como los criterios para explicar “la realidad social” (desde lo económico o desde lo psicológico, desde lo político o lo demográfico, etcétera). No es sencilla ni inmediata, sin embargo, una desestructuración o desarticulación tan vasta y generalizada de una realidad en *sí misma unitaria* e integrada hasta el punto en que no hay nada en el individuo que no sea social,\* ni es posible establecer nada sobre la sociedad que no sea inherente a los individuos que la integran. Esa fragmentación artificial es entonces de hecho el resultado de un proceso, más o menos inconsciente, basado en ciertas fórmulas defensivas frente a la unidad subyacente a la heterogénea complejidad manifiesta de la vida urbana.

Una vez que históricamente fue posible establecer una tajante diferenciación —y enajenación— entre el trabajo físico, a partir de las materias visibles de la naturaleza, y el quehacer intelectual, simbólico —de lo humano sobre lo humano, o a partir de la naturaleza humanizada—, no sólo se dio un progresivo extrañamiento entre el hombre rural y el hombre urbano, sino que éste en sí mismo no ha hecho más que *discriminarse* conforme se especializa y fragmentarse conforme se discrimina. Esta parcelación artificiosa se levanta como una defensa frente a la complejidad y heterogeneidad inmanejables hasta ahora en los términos unitarios, globales, de los individuos sociales urbanos. Lo decisivo a subrayar es que esta defensa no les ha permitido a los hombres y mujeres de la ciudad sentirse menos abrumados por su necesidad de “adaptación” a una realidad social que se les aparece, en la vida cotidiana, psicológica en sus problemas económicos, política en sus cuestiones demográficas, cultural y económica en los aspectos más existenciales, etcétera.

Este problema de la unidad de lo diverso, de la integración única de la realidad que subyace a la diversidad de los enfoques y ritos gremiales, en ocasiones parece abrumar al hombre urbano, sobre todo cuando la distancia entre sus retos adaptativos y sus capacidades de adaptación se le aparece abismal. Y es que los hombres de la calle difícilmente nos damos cuenta de que “la compleja vida urbana” es una entelequia inexistente, en la cual ubicamos y exteriorizamos de modo artificial el hecho concreto de que cada hombre y cada mujer urbano se ha vuelto él mismo un ser en extremo complejo.

Así, por una parte, en la familia y en la cultura de masas circundante los problemas de la inflación, el costo de la vida, los trabajos disponibles, aparecen como una unidad indisoluble con la posición social, la autoestima, la representación psicológica del padre que se es a partir del niño “que se fue” y de los padres que actúan todavía en cada individuo como personajes internos y exteriorizables, etcétera. Por otro lado, se le ofrece a la persona una desvinculación tajante entre lo económico, lo psicológico, lo demográfico,

\* Ni lo biológico, en tanto que la ontogénesis —evolución individual— se “graba” filogenéticamente —en los rasgos de la especie— a través de las generaciones.

escisión dificulta e impide precisamente aquella integración anhelada de un individuo comunitario, bajo las nuevas condiciones de expansión de la ciudad, del crecimiento urbano.

Hemos anunciado ya —e insistido en ello— que la escisión de la realidad humana en un hombre político, un hombre económico, un hombre sociológico, un hombre demográfico, un hombre ecológico y etnográfico, un hombre psicológico, un hombre histórico, un hombre antropológico, un hombre jurídico, un hombre etológico y, quizá todavía en el trasfondo de todo ello, de un hombre filosófico y un hombre moral o cultural, no es de ninguna manera espontánea, sino que obedece a procesos artificiales y complejos de defensa frente a la artificialidad y complejidad crecientes de la vida urbana. Hemos insinuado que esas mismas fórmulas defensivas del hombre urbano frente a su realidad interna y en torno pueden ser las que precisamente le complican y dificultan hoy el establecer una relación más espontánea y comunitaria con su nueva condición natural; es decir, con su naturaleza urbana.

Hemos apuntado que la llamada cuestión urbana se complica en forma extraordinaria (con relación a fases históricas previas) en la medida en que las mujeres y los hombres de la calle intuyen —desde Marx— que ellos son quienes hacen la historia, pero que la hacen en condiciones no definidas por ellos y lo que es “peor” aún (o más complejo), desde Freud, en condiciones que en buena parte son inconscientes. No es de extrañar entonces que la enajenación propia del trabajo y de la clase se haya mantenido, por una parte, relegada a un “olvido culpable” y, por otra, que haya sido desvinculada de la enajenación propia de la inconsciencia sobre los motivos de la mayoría de nuestros actos.

Y tampoco es de sorprender el que frente a ese alud de urdimbre urbana, en la que parece siempre urgente el adaptarse a condiciones complejas e inestables, heterogéneas y cambiantes, no sólo pre-determinadas (no se sabe por quiénes), sino también inconscientes, la reacción más normal (en términos de frecuencia estadística) haya consistido en tratar de negar y de “abatir” la complejidad, la heterogeneidad y el cambio urbanos. Lo paradójico —y apasionante— es que estos intentos de simplificación (de recuperación de “la simplicidad”, espontaneidad y globalidad imputadas con razón o sin ella a las pequeñas comunidades) se han llevado a cabo a través de complicadas y sofisticadas fórmulas, inconscientes y compartidas, de sobre-simplificación artificial, fórmulas que muestran ellas mismas el grado de heterogeneidad, diferenciación y complejidad que han alcanzado los hombres y las mujeres urbanos.

Si analizamos los enfoques científicos y las prácticas técnicas y profesionales que se aplican en nombre de ellos, por parte de las diversas comunidades gremiales, nos encontramos —quizá en primera instancia con sorpresa— que existen denominadores comunes, a la manera de “mecanismos” de defensa intelectuales y afectivos, cuyo propósito fundamental es el de lograr y mantener esa desvinculación artificial de la cual se deriva la fantasía comunitaria

de que cambien". Un claro desdén frente al análisis de las estructuras históricas y sociales y una cierta suspicacia frente a la letra escrita suele acompañar a esta fórmula, que considera a la sociedad urbana tan vertiginosa en sus procesos de transformación que cuando se publique cualquier juicio sobre su "estructura" será ya "mera" historia pasada.

Y es que el propio relativismo impide comprender las estructuras históricas e impulsa a confundir lo superfluo de una moda con las grandes tendencias sociales, y a éstas con preferencias pasajeras. Es la propia dificultad de jerarquización, en los vínculos consigo mismo, con los demás y con las estructuras socio-históricas, la que hace aparecer cualquier juicio desfasado, posfechado, respecto a "una realidad" que *da la impresión* de abrumarnos. La fórmula relativista incrementa en el fondo la sensación de complejidad abrumadora de lo urbano, posponiendo en el corto plazo la ansiedad de la elección de un criterio específico de vinculación por una línea congruente y consistente de análisis y de relación consigo mismo y con los otros. Lo difícil de percibir por los caballeros y las damas considerados y respetuosos, amigables y simpatizadores de todo y de todos los que "*les rodean*", es que al aplicar su fórmula relativista caen en el escepticismo. Y es que al no aceptar —por lo menos en apariencia— las jerarquías básicas y consistentes —estructurales— entre valores y concepciones, entre personas y estilos de vida, cualquier "punto de vista" es respetable e incluso "interesante"; es decir, indiferente.

Muy en contacto con esta fórmula defensiva intelectual-afectiva, ya que aparece como su opuesto, subyace la tendencia —muy frecuente— a rigidizar los fenómenos flexibles y dinámicos de la vida urbana —cuyas normas o reglas se nos escapan, al mismo tiempo que por todas partes "nos contaminan". Desde esta rigidización tiende a postularse como un absoluto inamovible cualquier especificidad relativa o cambiante de una estructura socio-histórica. De este modo las propias convicciones resultan verdaderas (con absoluta certeza) con anticipación a cualquier crítica, observación de nuevos hechos, reflexión sobre la historia en curso, o descubrimiento teórico-práctico. Y es que la historia ha sido ya fijada y predeterminada por juicios absolutos. En este caso la complejidad y los cambios urbanos simplemente no existen, puesto que se les considera una y otra vez como nuevas expresiones de las mismas tendencias, ya sean ideales o materiales. Y además en tanto que por supuesto —es decir *a priori*, de manera kantiana— cualquier enfoque diferente al propio es considerado "afuera" —¿en dónde?— de *la verdad histórica*, trátase de ésta ciertos valores inamovibles del derecho, o de las leyes de la economía, de la política, de la sociedad, de la biología, de la naturaleza humana, de la lucha de clases, de la familia, de la religión o del Estado.

Esta fórmula absolutista tiende a responsabilizar a las tendencias históricas, a la naturaleza social o al "sistema" de cualquier acontecimiento específico, desarticulando así la posible clasificación en la práctica de las intrincadas responsabilidades cotidianas de los hombres y mujeres urbanos. A diferencia de la fórmula defensiva de la complejidad y la interactuación cre-

problemas personales del día (o de la noche), o sea, a pequeñas partes de fragmentos de vida cotidiana. En la lógica de la fórmula solipsista es muy importante el papel que se juega, ya que los parlamentos, argumentos y disposiciones de ánimos con los que se habrá de enfrentar a los demás habrán de derivarse no de las necesidades y disponibilidades de los otros, sino del propio papel sólo cambiante de acuerdo con que se asuma en ese momento la posición de esposo o de amante, de hijo o de padre, de jefe o de subordinado. El hueso duro de roer de la fórmula solipsista es que al reducir a la expresión agnóstica y sin compromiso afectivo de "cada quien su vida" los reclamos (sentidos como "subjetivistas y absurdos") de los demás, se coloca el formulador solipsista en el absurdo de la no correspondencia (de la imperitencia) de sus imperativos categóricos personales respecto a las necesidades reales internas y en torno. En esta fórmula se ubica la enucleación de los vínculos expresados como "sentidos" o sensibilidad hacia los otros y que señalamos con el "no sabe observar", "no sabe oír", "no sabe expresarse o hacerse oír", "no tiene contacto real o a fondo con otros", "no tiene olfato político, o para estos asuntos", "carece de gusto", etcétera.

En el proceso de aplicación de esas fórmulas defensivas —que surgen de vínculos primarios, sobre todo familiares— se niega, escinde y simplifica artificialmente la unitaria integración de los componentes de la vida urbana, a través de la formalización. Se trata de una fórmula que convierte en estereotipos abstractos y puros a "las impurezas" concretas de la contaminación, el ruido, la abrumadora presencia de los otros y que sobre todo escinde y aísla los vínculos entre la familia, la clase social, la cultura de masas, la nación y el Estado, que angustian por su carácter "condicionante" y "condicionado" e interrelacionado (unitario) en un nivel todavía inconsciente, es decir, desconocido y actuante a la vez.

Todos los métodos usados en la vida diaria de trabajo, e interpersonal a raíz del quehacer científico, profesional y técnico, para establecer y diferenciar los absolutismos, los relativismos y los solipsismos defensivos, tienden a desmenuzar y reducir "la complejidad" sentida como posible dilución de uno mismo y de "nosotros" (en tanto comunidad profesional, de poder, de trabajo, "de servicio", etcétera), a través de la formalización. Esta fórmula defensiva maestra o clave consiste en establecer requisitos operativos, tácticos y rituales que transformen en pequeños y fragmentarios objetivos, procedimientos y reglas ordenadas y vinculares, la realidad social e histórica. Y es que la definición de objetivos técnicos y de tácticas operacionales y sistemáticas para alcanzarlos ha sido y es la fórmula encontrada para evadir el compromiso angustioso de dotar de y esclarecer el sentido de la existencia (social-personal) en condiciones tan cambiantes y diferenciadas como las de nuestra familiar condición urbana.

Todos los sistemas formales de organización y distribución del trabajo, del tiempo y del espacio urbanos tienen como propósito el ocultar y posponer el enfrentamiento con la compleja dialéctica histórica que estructura, presenta e irrumpe, de un solo golpe, con la unidad y mismidad de un tiempo, un

área que ha sido dejada fuera del monolito de la verdad absoluta y formalizada. La angustia que le genera a una persona así el relativismo escéptico y autista de sus vínculos suele estar reforzando la búsqueda de certezas a través de su cosmovisión teórica absoluta e inamovible, formalista y rígidamente jerarquizada.

Hemos visto que son la complejidad y heterogeneidad, el ritmo de cambio cualitativo y el crecimiento cuantitativo abrumadores de la vida urbana, los rasgos que impulsan a los seres urbanos a mantener esas fórmulas defensivas como vínculos consigo mismos, con su entorno de trabajo y de quehacer y con las más amplias y vastas estructuras sociales. Necesariamente, sin embargo, es la misma sociedad urbana la que posibilita y facilita la generación, reforzamiento y perdurabilidad de esas fórmulas defensivas. El preguntarse por esos rasgos y tendencias facilitadoras de la absolutización, el relativismo, el solipsismo y la formalización, puede conducirnos a una clave significativa para la comprensión de nuestra compleja y familiar cotidianeidad urbana.

Uno de los denominadores comunes más evidentes de las fórmulas defensivas intelectuales y afectivas sintetizadas hasta ahora consiste en las escisiones que realizan, en el proceso de fragmentación artificial de la realidad unitaria, "con fines de análisis" y de una adecuada manipulación defensiva de los vínculos angustiosos. Estas escisiones difícilmente pueden ser realizadas en una pequeña comunidad, como lo muestran —por ejemplo— el análisis de Claude Lévi-Strauss sobre la estructura unitaria de los mitos de comunidades "primitivas" o los análisis de Margaret Mead, Abraham Kardiner y Erik Erikson sobre la personalidad básica y la identidad globales y previsibles de las pequeñas comunidades (y que los dos últimos extrapolan ingenuamente —como fórmula absolutista, solipsista y formalizadora— hacia los hombres y mujeres urbanos contemporáneos). En las comunidades cada individuo es recuperado por los demás unitaria y globalmente, sin escisiones. De la misma manera se integran a la economía y la política comunitarias, la psicología, la moral y la cultura de los hombres comunitarios y viceversa. Lo psicosexual se vierte de manera inmediata en lo sociopolítico y la esfera laboral se integra e interactúa con la familiar de manera fluida, es decir, con los mismos y unitarios conflictos e integraciones, cambios y regresiones.

Y es por esta hiper-observación permanente de cada individuo como conjunto y por el conjunto que las transgresiones a las normas comunitarias son objeto de culpas y de sanciones mucho más intensas y "demonizadas" que en las sociedades "abiertas" o de cierres y controles más amplios, vastos, sutiles y heterogéneos. Y es también por esta exhibición cotidiana y global de la persona comunitaria que en aquellas localidades, mucho más pequeñas que las actuales ciudades, fue que surgió y se desarrolló el teatro —en sus diversas variantes— como la posibilidad, entonces imaginaria, de esconder y liberar a la persona detrás de un papel o rol específico que mantenía, en el invisible y sólo sospechable o intuible secreto, una posible vida unitaria "tras bambalinas". Y en ese teatro los personajes y las tramas y argumentos que los vinculaban entre sí y determinaban sus escenarios creados como prototipos mágicos

que se enclava en y surge de un distanciamiento progresivo entre el quehacer físico y el trabajo simbólico abstracto (burocrático o "personal") de los profesionales y los técnicos que integran las clases medias urbanas. Más aún, el formalismo, el relativismo, el absolutismo y el solipsismo han sido fórmulas al servicio del disfrazamiento y el reforzamiento de una teatralización utilizada para escindir entre sí a los gremios comunitarios, con sus ciencias y sus técnicas especiales, fragmentarias y con sus teatralizados papeles profesionales. Y ésta ha sido la *clave*, sobre todo, para diferenciar y distanciar en conjunto a la pequeña burguesía —como clase social que niega su propia condición— de la amenazadora irrupción y emergencia en las ciudades de las clases campesinas y obreras; en una palabra, de los proletariados.